

## 1. La guerra justa<sup>1</sup>

“Tras su manto de neblinas  
no las hemos de olvidar  
‘¡las Malvinas Argentinas!’  
clama el viento y rugen el mar.  
Ni de aquellos horizontes  
nuestra enseña han de arrancar,  
pues su blanco está en los montes  
y en su azul se tiñe el mar. [...]”  
¿Quién nos habla aquí de olvido,  
de renuncia, de perdón?  
¡Ningún suelo más querido  
de la Patria en la extensión!”

CARLOS OBLIGADO y JOSÉ TIERI [1941]  
(en *Da Fonseca Figueira*, 1978, p. 92)

El tono entusiasta de la noticia de la “recuperación” no podía sino remitir a una situación por demás paradójica. El Proceso comenzaba su sexto año de gestión, y el clima le resultaba ya francamente adverso. La tercera junta, estrenada el 22 de diciembre de 1981, e integrada por el comandante del Ejército Leopoldo F. Galtieri, el almirante Jorge Isaac Anaya de la Armada y el brigadier general

<sup>1</sup> Parte de los materiales de este capítulo fueron publicados en Guber (2001).

de la Fuerza Aérea Basilio Lami Dozo, acababa de enfrentar la primera movilización callejera y masiva llamada por la Confederación General del Trabajo (CGT) y apoyada por la mayoría de los partidos, aún en veda política, bajo el lema explícito "Pan y Trabajo", y el objetivo implícito de lograr una apertura democrática. Este llamado, que fue duramente reprimido y que culminó con un muerto y más de cien detenidos, era el producto de una oscilante y recesiva política económica que se revelaba incapaz de detener la inflación. Asimismo, entre 1976 y 1980 un número indeterminado —que rondaba los 30 mil desaparecidos y detenidos argentinos y extranjeros—, había transitado por centros clandestinos de detención en unidades regulares e irregulares bajo el control de las fuerzas armadas y policiales; las denuncias ante foros internacionales presentadas por diversas organizaciones de derechos humanos, entre las cuales se destacaban las integradas por familiares directos de las "víctimas",<sup>2</sup> como los Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, las Madres de Plaza de Mayo y las Abuelas de Plaza de Mayo que buscaban a sus hijos y a los hijos de sus hijos, nacidos en cautiverio y sin paradero conocido, no hacían más que abultar las pruebas contra un régimen reconocido por su sanguinaria crueldad.

En este marco, y pese a las negativas oficiales, la cuestión electoral cobró creciente visibilidad en

<sup>2</sup> Para un análisis de la categoría "víctima del terrorismo de Estado" véase Virginia Vecchiori (2000).

1981. Los principales partidos políticos se reunieron en la "Multipartidaria" con el fin de presionar al gobierno y de negociar una apertura.

El 30 de marzo, las dos ramas en que se hallaba dividida la CGT desde el comienzo del régimen, la CGT, más frontal y conducida por Saúl Ubaldini (cerveceros), y la CNT, más contemporizadora y dirigida por Jorge Triaca (plásticos), se unieron para la protesta. Pese a la masiva represión la movilización del 30 de marzo marcó un punto de inflexión. La calle y las plazas céntricas —en Buenos Aires, la Plaza de Mayo— que desde 1945 se habían convertido en escenarios de la política de masas, primero, y de la lucha política, después (Neiburg, 1992), venían siendo ocupadas y vigiladas militarmente desde el 24 de marzo de 1976. Pero la CGT, los partidos y miembros dispersos de la población se volcaban al espacio público desafiando las leyes del miedo, en clara oposición al régimen.

Éste era, pues, el clima desde el cual se escuchó la noticia de "la recuperación" de las islas irredentas por 149 años. Pero ¿por qué las Islas Malvinas? Tamaño contraste y proximidad temporal entre el 30 de marzo y el 2 de abril permitían especular sobre alguna maniobra del gobierno para ganar la legitimidad perdida, pero estos supuestos no alcanzaban para frenar el entusiasmo general.

En realidad, la ocupación del archipiélago se venía planeando en los salones navales desde mediados de diciembre de 1981 (Cardoso *et al.*, 1986); el 26 de marzo de 1982 se ordenó la intervención militar y el 29 se informó a los oficiales superiores

de la misión (Freedman y Gamba, 1990); para el 30 de marzo las fuerzas de desembarco ya estaban reclutadas (OFMLVIM, 1991). Esta cadena de decisiones fue, en su último segmento, paralela al *in crescendo* del conflicto suscitado en las islas Georgias a raíz de la presencia desde el 19 de marzo de empleados de un empresario de chatarra, que desguasaban una estación ballenera en Grytviken. El entredicho con el gobierno británico surgió cuando éste demandó a los trabajadores sus documentos de migración, que para la Argentina eran innecesarios ya que las Georgias también habían sido reclamadas por este país. Así, para fines de marzo la "recuperación" era una acción probable tras estos incidentes y no tenía nada de sorpresivo, ni siquiera para los británicos, que replegaron a sus marines del cuartel de Moody Brook, cerca de Port Stanley, antes del desembarco argentino.

Pero si bien la movilización del 30 de marzo no fue la causa del 2 de abril (Freedman y Gamba, 1990, p. 68), la noticia de "la recuperación" fue suficiente para revertir el antagonismo dominante en la Argentina. Este cambio fue, sin embargo, el producto de una conjunción de actores que, en variada escala y desde distintos registros, se sumaron al entusiasmo, que significaron por canales y modos diversos, en medio de un consenso general que proclamaba la justicia de una causa pendiente ahora hecha realidad.

### *Todos unidos...*

Los analistas bélicos coinciden en que la Junta no se proponía desencadenar una guerra. La toma forzosa de las islas se concebía como una presión a Gran Bretaña para que el gobierno de la primera ministra conservadora Margaret Thatcher se aviniera a tratar la cuestión de soberanía ante los organismos internacionales (Costa, 1988; Freedman y Gamba, 1990). Sin embargo, los efectos de los propios actos no suelen ajustarse a los propios deseos, y menos aun en materia de política internacional. La iniciativa confrontó al gobierno ante dos monstruos, cuyo encuentro avanzó progresivamente hacia la tragedia. Aunque el gobierno no quisiera la confrontación directa, el resonante eco de la noticia en la población hacía políticamente inviable (y más para la postura triunfalista que asumía parte de los altos mandos) una marcha atrás; la cautela no parecía adecuada. La Argentina se convirtió en un escenario donde día tras día se representaba la unidad entre el pueblo y el Estado, contra el enemigo común, el colonialismo inglés. Arrinconada entre Thatcher y su propia necesidad de realzar la imagen política, por un lado, y el respaldo popular por el otro, la Junta terminó resolviendo el dilema no sólo en el terreno que le era más familiar, el militar, sino también apelando al idioma donde poder recrear un ideal de Nación largamente esperado. Ese ideal, cuyo objetivo estaba en la recuperación territorial, se expresó en los idiomas de la historia y el parentesco descendente o la filiación.

Inaugurando los 74 días que duró la presencia argentina en el archipiélago, Galtieri trazó en su discurso el marco en que partidos, gremios, empresarios, la población en general y el mismo gobierno deberían interpretar la iniciativa del "gobierno argentino". Ese marco, base del consenso de Malvinas, llevaba el toque personal y corporativo de Galtieri, pero se asentaba en una vieja carencia que prácticamente todos reconocían.

Compatriotas: En nombre de la junta militar y en mi carácter de presidente de la Nación hablo en este crucial momento histórico a todos los habitantes de nuestro suelo, para transmitirles los fundamentos que avalan una resolución plenamente asumida por los comandantes en jefe de las FFAA. que interpretaron así el profundo sentir del pueblo argentino.

Hemos recuperado, salvaguardando el honor nacional, sin rencores, pero con la firmeza que las circunstancias exigen, las islas australes que integran por legítimo derecho el patrimonio nacional (mensaje presidencial desde Casa Rosada, viernes 2 de abril de 1982, 14:30 hs, *Clarín*, 3/4/82).

El desembarco de las fuerzas nacionales, en la madrugada del 2 de abril, y la toma de Port Stanley marcaban según Galtieri la "recuperación" de "las islas australes que integran por legítimo derecho" el territorio argentino, y la recuperación de la Argentina misma. La Nación debería encuadrarse, de aquí en más, en una misma unidad en el tiempo y en el espacio. Para esta recuperación de la Nación el presidente ubicó a la de Malvinas en la serie de las grandes gestas patrióticas de principios del siglo

XIX, y al territorio insular sudatlántico en la contigüidad espacial con el continente. Los protagonistas de esta nueva épica serían, dentro y fuera de la masa continental argentina, los "compatriotas", quienes compensarían las afrentas a la "dignidad" y el "honor" de la patria. La continuidad temporal que reestablecía la soberanía recuperada de Malvinas reunía a la república de 1982 con aquella entidad política a la que Gran Bretaña había despojado en 1833. La Nación había sido usurpada y sus reclamos habían transcurrido "sin excepciones y a través de 150 años". Por eso las acciones de 1982 escribían un nuevo capítulo de la gesta libertadora; a la soberanía continental se agregaba ahora la soberanía insular. Sus protagonistas se revelaban herederos del general José de San Martín y de Manuel Belgrano, y así como éstos colaboraron en la independencia de Chile, Bolivia, Perú, Uruguay y Paraguay, ahora harían lo propio con los "habitantes de las islas". De este modo, también con ese espacio interrumpido por los usurpadores, se tendería un puente que trascendería las extensiones oceánicas, como en su momento había ocurrido con la cordillera de los Andes; ayer contra el colonialismo español, hoy contra el británico; dos coronas, dos imperios, frente a la República.

La interpretación de Galtieri fue tan o más exitosa que el desembarco y la toma de la casa del gobernador malvinense, episodio en el cual moría el primer argentino de la contienda. Tanto la dirigencia política y gremial, como personalidades de pasadas gestiones de las más variadas corrientes ingre-

saron premeditadamente en la escena pública para sumarse a la recreación de la unidad en la continuidad y la contigüidad.

La Multipartidaria, integrada por los cinco principales partidos políticos (Justicialista, Radical, Intransigente, Demócrata Cristiano y el Movimiento de Integración y Desarrollo) dio "su total apoyo y solidaridad con la acción llevada a cabo y reitera su decisión de respaldar todas las medidas conducentes a la consolidación de la soberanía argentina" (*Clarín*, 3/4/82). En rigor, junto con el conflicto de Georgias y previo al 2 de abril, una altísima autoridad justicialista había señalado ya que "sea cual fuere el gobierno y cual fuere su origen" debía intentar que el conflicto "se solucione dentro del ámbito diplomático: cuando se terminan las posibilidades diplomáticas empieza la guerra" (D. Bittel, en *Clarín*, 29/3/82).<sup>3</sup> El tono no se modificó después de la recuperación armada. El presidente del radicalismo dijo: "La Argentina ha hecho un reclamo histórico. [...] En el país no hay dos opiniones al respecto"; ante la emergencia "el país todo debe demostrar su unidad interna" (Contín, en *Clarín*, 4/4/82).

La izquierda coincidía. La intransigencia advirtió que "en materia de soberanía, no puede haber dos actitudes, sino la plena solidaridad nacional"

<sup>3</sup> Otros altos dirigentes justicialistas, como el ex canciller durante el gobierno de la viuda de Perón, Manuel Aráoz Castex, señaló que "nada debe mutilar la posibilidad de la acción armada" (*Clarín*, 31/3/82).

(O. Alende, en *Clarín*, 4/4/82). Los socialistas del Partido Socialista Unificado, de la Confederación Socialista y del Partido Socialista Popular destacaron la necesaria unidad "por encima de las diferencias políticas y conflictos internos" (*Clarín*, 3/4/82) y el Partido Comunista adhirió en un tono similar (Declaración Interpartidaria Metropolitana, en *Clarín*, 4/4/82).

Por su parte, la central de trabajadores anunció que

nuestras FFAA. han ejercido un derecho legítimo al restituir a nuestro territorio patrio lo que por derecho legítimo nos pertenece. [...] El movimiento obrero argentino representado por la CGT acompañará este hecho histórico declarando el día 2 de abril como de júbilo nacional (*Clarín*, 3/4/82).

Personalidades de otras administraciones, golpes de Estado y débiles gobiernos civiles de los sesenta desfilaron ante la prensa como protagonistas del recuperado consenso. El ex presidente civil Arturo Frondizi (1958-1962) garantizaba "el respaldo unánime del pueblo argentino" (*Clarín*, 3/4/82). Además de izar la bandera con el gobernador militar de Chubut, Arturo H. Illia, ex presidente radical (1964-1966), consideró la recuperación "justa e inobjetable" y que "ningún argentino puede retacear [su] importancia y trascendencia". El general que lo sucedió tras un golpe militar, Juan C. Onganía, dijo que "la recuperación [...] constituye uno de los objetivos permanentes de la política exterior de nuestro país" (*ibid.*).

Doce cancilleres actuantes entre "el primer gobierno de Perón (1945-1952) y el reciente mandato del general Viola (1981)" presentaron un documento en

plena coincidencia sobre la incuestionable soberanía nacional en las Islas Malvinas, reafirmada a través de todos los gobiernos [...] su solidaridad con las acciones realizadas para hacerla efectiva y su confianza en el buen éxito de las gestiones para llegar a una solución definitiva.<sup>4</sup>

Este consenso empezó a encarnarse en acciones concretas cuando por primera vez desde 1976 los dirigentes partidarios fueron invitados a la Casa de Gobierno por el ministro del Interior, inaugurando una serie de encuentros que duraría hasta terminar el conflicto. El 7 de abril viajaron a ex Port Stanley, para asistir a la asunción del gobernador militar de Malvinas, el general Mario B. Menéndez, las planas mayores de las cámaras empresarias, bancaria y de comercio, organizaciones de productores rurales, los jefes de las dos centrales obreras, artistas y científicos. Su presencia en el mismo avión en una comitiva que un diario calificó como *charter inusual*, provocó la reflexión del presidente de la primera junta del Proceso, general Jorge R. Videla, para

<sup>4</sup> Estaban allí representados los gobiernos de Perón; su sucesor y expulsor, el general Lonardi; la gestión de Guido, vicepresidente y sucesor de Frondizi; del general Lanusse (1970-1972); de María Estela Martínez de Perón (1974-1976), y de las dos primeras juntas del Proceso, los generales Videla (1976-1980) y Viola (1981) (*La Nación*, 7/4/82).

quien era un "hecho trascendente de ver a este conjunto de ciudadanos tan representativos, más allá de sus diferencias políticas y sectoriales, unidos entonando el Himno Nacional" (*Clarín*, 8/4/82). Por esas diferencias, otros "ciudadanos" habían sufrido cárcel, tortura y muerte.

La representación de la unidad trascendió las fronteras, como en 1977 cuando se enviaron emisarios al exterior para contrarrestar la "campana antiargentina" por las noticias de crímenes de lesa humanidad. Pero en 1982 la misión era plena y ampliamente compartida; los empresarios viajaban al exterior en busca de apoyos para la causa y para "demostrar que el país entero está consustanciado con la operación de las FF. AA. en el archipiélago" (*Clarín*, 9/4/82). Por iniciativa del ministro de Trabajo, un brigadier de la Fuerza Aérea, varios gremialistas visitaron las internacionales obreras y los sindicatos de Italia, Francia, España y México en "misión de esclarecimiento" sobre la justicia de los derechos argentinos (*Clarín*, 11/4/82 y 13/4/82). Los políticos también participaron: "La idea es que viajen a países donde hay gobiernos con ideologías afines a su ideario para explicar la posición argentina sobre Malvinas" (*Clarín*, 9/4/82): la Democracia Cristiana fue a Italia y al Vaticano; los radicales al Parlamento Latinoamericano; un dirigente de la izquierda peronista fue a México donde residía una nutrida comunidad de exiliados peronistas, y un número significativo de destacados intelectuales peronistas y de la izquierda socialista y marxista, que también se pronunciaron a favor de la recupe-

ración (*Clarín*, 13/4/82; Rozitchner, 1985), y los comunistas a la Unión Soviética (*Clarín*, 20/4/82). El ministro de Acción Social, un marino, aclaró que todos "van espontáneamente y pagan de su bolsillo" (vicealmirante Carlos A. Lacoste, en *La Nación*, 14/4/82).

Que esta multiplicidad de actores, vetados, sospechados y proscriptos hasta el 2 de abril, se sumaran a una misma sinfonía convocada y dirigida por la Junta, no sólo significaba que aceptaban la legitimidad de la iniciativa militar y la de sus ejecutores. Esta relación estaba lejos de ser unilateral, y donde habían dominado el autoritarismo y el aniquilamiento interno el gobierno se fue entregando al lenguaje y la acción política de sus enemigos hasta entonces. Un pasado disolvente y hasta subversivo se apropió del mismísimo presidente quien encarnó a un protagonista de la historia argentina —y no precisamente de su época sanmartiniana—, contando necesariamente con algún grado de aprobación de los estados mayores. El teatro no era sólo el de operaciones en Malvinas; la Plaza de Mayo, circundada por la Casa Rosada, sede del poder Ejecutivo, volvía a sus viejos tiempos.

Baluartes de las fuerzas de seguridad que la defendían con fusiles y lanzagases, carros de asalto y camiones hidrantes en aquella tarde del 30 de marzo, para impedir el acceso de los promotores del desorden, la Plaza se abrió desde el mismo 2 de abril hasta el atardecer del 14 de junio. "Se acabó, se acabó, la colonia se acabó." Las pancartas anunciaban "Malvinas Argentinas. 150 años pirateadas,

por fin recuperadas" hasta que los ojos apuntaron a la Casa Rosada: "Salí Galtieri, que hace calor, salí al balcón".

Y Galtieri salió al balcón ante la gritería del público. Saludó con la mano. Alzó sus brazos y sonrió. Levantó sus pulgares. Se retiró. Y minutos después apareció en otro balcón donde estaban los micrófonos. Su discurso, en esta ocasión, fue más vibrante [que el mensaje radial]. Habló sin eufemismos: "Aceptaremos el diálogo —dijo— después de esta acción de fuerza, pero en el convencimiento de que la dignidad y el orgullo nacional han de ser mantenidos 'a toda costa y a cualquier precio' [...] En estos momentos miles de ciudadanos hombres y mujeres, en todo el país, en todos los pueblos, en las pequeñas granjas, en las ciudades y en esta Plaza de Mayo histórica, que ha marcado rumbos a través de la historia nacional, ustedes, los argentinos, están expresando públicamente el sentimiento y la emoción retenida durante 150 años a través de un despojo que hoy hemos lavado [...] estoy seguro que cada uno de ustedes hombres, mujeres, la gran juventud argentina y la niñez, están sintiendo como yo [...] alegría y tremenda emoción por este acto argentino" (*Clarín*, 3/4/82).

La alusión a los encuentros masivos con Perón era evidente en el lugar y hasta en la tímida réplica de su saludo con sus dos brazos en alto. Pero Galtieri era mucho más que Perón; si ahora la histórica plaza volvía a erigirse en un espacio fundacional, dejando atrás un pasado de movilizaciones, bombardeos, golpes de Estado, corridas policiales y rondas semanales, era porque el "pueblo argentino" respaldaba a su gobierno que lo había sabido interpretar, ya que su decisión no obedecía a "cálculo político alguno", sino que se había tomado

en nombre de todos y cada uno de los argentinos, sin distinción de sectores o banderías y con la mente puesta en todos los gobiernos, instituciones y personas que en el pasado, sin excepciones y a través de 150 años, han luchado por la reivindicación de nuestros derechos (*Clarín*, 3/4/82).

La sorpresa con que la sociedad y las dirigencias recibieron la noticia de la "recuperación" obedecía, en términos inmediatos, al contraste entre un país vivido y gobernado en la lógica de la guerra interna (Corradi, 1985; Torre y de Riz, 1993) y otro donde era suficiente acordar con la soberanía argentina de Malvinas para caber —querer ingresar y ser admitido— en el mismo bando.

Efectivamente, la alusión del general-presidente a "la gran juventud argentina", que también había estado en labios de Perón, no podía menos que suscitar interrogantes al provenir de uno de los gerentes de los centros de detención de innumerables jóvenes "subversivos". Pero ahora, para Galtieri, esa gran juventud argentina incluía a las huestes militares que ya estaban en Malvinas o que habían sido movilizadas hacia el Sur. La causa de la reintegración territorial era la del pueblo argentino, encarnado en una "avanzada" de "conscriptos, suboficiales y oficiales" a la que el general-presidente también presentaba, en el idioma del parentesco, como "hijos, esposos, hermanos, padres". Rango militar y filiación se subordinaban ahora a la conducción de un padre-comandante que cerraba su discurso diciéndole a sus hijos-subalternos: "Yo creo en vosotros" (*ibíd.*).

En suma, aparentemente la refundación de la Nación en unidad no podía eludir ciertos formatos históricos que parecían garantizar la credibilidad de la iniciativa gubernamental; pero esos moldes se expresaban ahora en el lenguaje de la paternidad, no de la política. Así Galtieri actuaba con total naturalidad un pasado que el régimen del que formaba parte había intentado "reorganizar". El denostado populismo que había prohijado a la "subversión" se adueñaba de las filas castrenses, encandilando una vez más a un gobierno sumergido en confrontaciones entre fuerzas, armas y "trenzas" por proyectos políticos facciosos y personales. Cada pronunciamiento, cada encuentro y cada gesto desde el 2 de abril hasta el 14 de junio confirmaban que "la recuperación" no era sólo de islas que pocos argentinos conocían, sino la de una Nación que ningún contemporáneo podía recordar como unida y en relativa coexistencia armónica con su Estado.<sup>5</sup> Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba, rediseñando un espacio contiguo entre continente e islas, y un tiem-

<sup>5</sup> "La inestabilidad política y la persistente hegemonía del poder militar desde 1930 forman las dos caras de la vida pública. 1930, 1943, 1955, 1962, 1966, 1976 representan las fechas de derrocamiento de gobiernos civiles, más o menos correctamente elegidos, [...] por golpes de las fuerzas armadas. Si bien el mandato constitucional es de seis años, el promedio de las presidencias entre 1930 y 1971 fue de dos años y diez meses. [...] De dieciséis presidentes que tuvo el país entre 1930 y 1973, once eran militares" (Rouquié, 1982, p. 12).

po que protagonizaban los otrora enemigos políticos. Pero el lazo que daba sentido a la Nación era el de la filiación.

Tal fue el empeño en actuar y recrear la unidad, y tal fue el éxito de la propuesta, que el régimen no pudo dar marcha atrás. El entusiasmo popular y el apoyo sin precedentes de todos los sectores sociales e ideológicos al gobierno obligaron a los comandantes a amarrar su decisión de estrategia militar a su estrategia política. El destino de la Junta, y en especial el de Galtieri, se ató a la suerte militar en las islas, y aunque la guerra contra la segunda potencia de la OTAN no se considerara conveniente ni oportuna, acaso fuera el mal menor comparado con una asonada del pueblo en las calles al grito de "traidores" a un gobierno que evitaba la pelea en el terreno en que se había proclamado amo y señor: el militar. El tremendo éxito popular de su iniciativa y la Royal Task Force fueron, desde entonces, la espada y la pared que desde su imprevista desmesura generó el Proceso. Pero en la sinfonía de la unidad nacional el consenso, aun bajo la metáfora de la gran familia argentina, era más aparente de lo que el gobierno proclamaba y pretendía.

### *"Sectores y banderías"*

El reposicionamiento nacional-parental del gobierno y la salida de la gente a la calle descolocaron a los opositores más activos —centrales obreras, partidos, organizaciones de derechos humanos—, quie-

nes reconocían la justicia de la operación sin olvidar sus anteriores demandas. Lo que sucedió entonces fue que dichas cuestiones se replantearon a la medida del contexto. Esta reacción fue leída tiempo después como una sumisión obsecuente y acritica al gobierno. Pero en verdad, desde el primer momento, Malvinas se convirtió en el telón de fondo de diversas negociaciones; la unidad de la cual las Fuerzas Armadas eran principales artífices no estaba bajo su exclusivo control.

Como primera medida el gobierno dispuso "la libertad de los detenidos el martes" 30 de marzo, "más de un centenar de personas", para que "todos los argentinos puedan asociarse a los acontecimientos de este histórico día para la República, con motivo de la recuperación de nuestras Islas Malvinas" (*Clarín*, 3/4/82). La movilización de tropas a Plaza de Mayo para garantizar "la paz social" y la advertencia de que "ningún sector, interés o persona —fuera o dentro del poder— podrá torcer nuestro rumbo y nuestra definitiva línea de conducta" parecían el 2 de abril una pesadilla del pasado. Si el 30 de marzo el llamado de la CGT había sido "utilizado para producir alteraciones a la seguridad y el orden público" (*Clarín*, 30/3/82), tres días después la dirigencia y las bases eran "aliadas" del gobierno.

Sin embargo, al expresar su respaldo a la recuperación, la CGT afirmaba que "las circunstancias no nos permiten manifestar nuestra total identificación con el acto soberano llevado a cabo por las FF.AA. argentinas" (*Clarín*, 3/4/82). Para un veterano dirigente metalúrgico, concurrir a la Plaza de

Mayo "significa avalar [...] a la patria que es la que nos convoca" (Lorenzo Miguel, en *Clarín*, 3/4/82). El sector gremial más próximo al gobierno, la CNT, le exigió "dar respuesta justa a los candentes problemas que afectan la otra parte de la soberanía nacional: la soberanía del pueblo argentino"; hizo votos además para que los militares "desembarcaran en el Ministerio de Economía para plantear un plan económico [...] más convocante y humano" (Triaca, en *Clarín*, 3/4/82). Las demandas gremiales no reconocían al gobierno como legítimo conductor nacional, aunque las Fuerzas Armadas fueran admitidas en la Nación como argentinas.

La Multipartidaria también condicionaba su apoyo: "Este pronunciamiento no implica la declinación de las conocidas posiciones sustentadas por este nucleamiento frente a la política del gobierno en los distintos campos de la vida nacional" (*Clarín*, 3/4/82). El presidente de la UCR aseguró que "hay una postergación de los reclamos; ni siquiera habrá cambios en ellos, sólo postergación" (Contín, en *Clarín*, 10/4/82). Se refería a la demanda de reactivación productiva, la redacción del estatuto de los partidos políticos y el cronograma electoral. Ninguno de estos puntos constaba en la agenda oficial antes del 2 de abril. Así, las dirigencias partidarias aprovecharon la ocasión para recordar que el gobierno tampoco era un legítimo conductor político.

Algunos invitados del *charter inusual* a la asunción del gobernador de Malvinas recordaron que "ni nosotros mismos, en razón de la veda política, investimos representatividad" (Bittel, en *Clarín*,

7/4/82), mientras los dirigentes obreros reflexionaban que "es público y notorio que el gobierno militar ha reiterado que la CGT no existe pues no es una organización legal. Por lo tanto no puede considerar seriamente ser su invitado en esta eventualidad". Aludiendo a que el 30 de marzo el ministro del Interior había calificado la protesta como "un ejercicio de subversión", los dirigentes retrucaban, irónicamente, que "los subversivos de ayer somos los patriotas de hoy".

Las percepciones eran por demás realistas y en nada se parecían a la obediencia ciega de la sinrazón. La Nación estaba punteada por oposiciones encarnizadas que habían llevado a la violencia política de la cual el Proceso se había autoerigido en árbitro y contralor final. Aun cuando se obviara la contundente exclusión de políticos y sindicalistas, los nuevos convidados del gobierno no podían dejar de mostrar su perplejidad ante la simple pregunta de en mérito de qué expresar su aceptación. Si todas las opciones partidarias y todos los alineamientos gremiales estaban sospechados y denostados por el régimen, ¿adónde hacer pie para ser parte de la Nación y formular una continuidad aceptable junto a un régimen que los había excluido?

A través del parentesco algunos dirigentes ubicaban su lazo con la Nación en un idioma que les permitía mantener una presencia diferenciada de la del gobierno.

Teniendo en cuenta que los soldados que están en el territorio patrio recuperado son todos hijos de traba-

jadores argentinos la CGT resolvió designar a sus secretarios general y adjunto para que hagan llegar su saludo y solidaridad a los soldados argentinos que recuperaron la soberanía en las Malvinas (*Clarín*, 7/4/82).

La CGT convertía a las Fuerzas Armadas en el agente accidental de una gesta nacional que protagonizaban sus verdaderos dueños y destinatarios: los trabajadores argentinos encarnados en sus hijos. En la Plaza de Mayo algunos cantaban "Galtieri, Galtieri, prestá mucha atención; Malvinas argentinas, el pueblo es de Perón".

No casualmente este linaje nacional que Galtieri quería encabezar había rozado la década peronista, aunque teñido por una pertenencia específica: la peronista. Luego el argumento de la filiación renació en los primeros años del Proceso, pero aplicado estricta y no metafóricamente a lazos de consanguinidad, cuando algunos argentinos y extranjeros en la Argentina demandaban al Estado la aparición de sus familiares, generalmente sus hijos. Y en efecto, la fusión entre Nación y filiación a propósito de Malvinas fue destacada por una organización de derechos humanos en una solicitada:

A la Opinión Pública:

Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas que sufrimos el dolor de la ausencia de nuestros seres queridos detenidos y desaparecidos somos partícipes del grave conflicto que sufre nuestro pueblo.

En momentos en que miles de jóvenes argentinos, entre ellos nuestros hijos, sobrinos, nietos, están en el

sur para defender nuestra patria, no podemos dejar de pensar en nuestros detenidos y desaparecidos, que seguramente hubieran apretado filas junto a los soldados y que no pueden hacerlo por su injusta desaparición.

Anhelamos fervientemente que regresen victoriosos, aguardándolos con la misma esperanza con que esperamos todos los días, la vuelta de nuestros detenidos y desaparecidos. Abril de 1982 (*Clarín*, 8/5/82).

La nueva consigna de las Madres de Plaza de Mayo, cuyo movimiento se denominaba según la filiación materna, confirmaba el lazo como raigambre nacional con un ribete crítico, pero también ratificadorio de la recuperación: "Las Malvinas son argentinas. Los desaparecidos también". La argentinidad de los desaparecidos no sólo residía en la nacionalidad de la mayoría de las víctimas ante un régimen también nativo; residía, además, en el supuesto de que "hubieran apretado filas junto a los soldados" porque hubieran compartido la causa justa de soberanía que se oponía a la injusticia tanto de la ocupación británica como de su propia desaparición.

Ser parte de la Nación era ostentar una común filiación, pero ésta no era reconocida como propia de, ni apropiada por el régimen, sino como la restitución de la filiación biológica y de sangre. De todos modos, la sangre era el único anclaje moralmente aceptable para participar de un país fragmentado por la persecución. El lenguaje del parentesco impregnaba a la Nación como único lazo y canal plausible de la unidad recreada. Y si el gobierno no revestía legitimidad alguna para sus go-

bernados-subalternos, al menos la devoción era merecida en nombre de aquellos "hijos, sobrinos, nietos" que defendían la patria.

### *"El profundo sentir del pueblo argentino"*

Los civiles, a través de diversas organizaciones y fuera de ellas, dieron cuerpo a la unidad por la filiación. Sin debatir demasiado sobre la legitimidad de tal o cual cabeza de linaje, ratificaron su subordinación y reconocimiento a la autoridad estatal-militar y su apelación a la Nación, de diversas maneras. La más evidente fue, en efecto, dar a sus hijos varones de 19 y 20 años de edad al campo de batalla. En nombre de ellos, no del Estado ni de las Fuerzas Armadas, esta participación civil se hizo pública y explícita, dibujando un fragmentado mosaico que evocaba los distintos imaginarios y épocas de la Argentina; fue pluriclasista y multinacional, se acopló a los canales de participación inducidos y propuestos por los estados mayores, pero también inventó canales propios. Su propósito era llegar al frente de batalla y ratificar allí su presencia mediada por los conscriptos.

Los primeros pronunciamientos civiles se radicaron en las plazas de pueblos y ciudades, y en la Plaza de Mayo, vitrinas y termómetros del ánimo político. Pero esta presencia difería de aquélla de los años de política de masas, cuando los asistentes avanzaban "encuadrados" en su sindicato o rama

política. Obviamente difería del cuadro del 30 de marzo y se asemejaba, más bien, a los festejos de la coronación argentina en el Mundial de Fútbol de 1978. Los asistentes se reunían espontáneamente o marchaban desde las cercanías a sitios públicos, monumentos y demás lugares simbólicos; transeúntes, familias, compañeros de trabajo, grupos de amigos y estudiantes (*Clarín*, 3/4/82; *La Nación*, 8/5/82) blandían banderitas argentinas de plástico que vendían los "cuentapropistas", sector que había crecido en esos años. Los acompañaban automovilistas tocando bocina y cantando "¡Argentina!"<sup>6</sup> A diferencia de otros tiempos, la celebración promovida por el Gobierno denotaba la falta de peligro, vigilancia y confrontación. No había enemigos a la vista "entre nosotros".

Que la población ocupara estos espacios centrales de la manifestación pública ostentando los símbolos nacionales era la imagen opuesta a la política de "desterritorialización" (Franco, 1985; Newman, 1991) en la cual hombres y mujeres "desaparecían del mapa". La recuperación de Malvinas era coexistente y consistente con la recuperación de la calle, el territorio político por excelencia en la Argenti-

<sup>6</sup> La concurrencia del 10 de abril, cuando radio Rivadavia y ATC convocaron a la Plaza de Mayo en oportunidad de la llegada del mediador norteamericano Alexander Haig, fue descripta por los diarios como "clase media" y de "perfil obrero", "grupos familiares con los niños en brazos". Confirmando su clima deportivo, un cronista destacó que pese a los intentos por entonar marchas o consignas partidarias, "ganó Argentina, ¡Argentina!" (*La Nación*, 11/4/82).

na. Pero esta vez la recuperación no se esgrimía en clave de lucha sino de comunidad.

En este territorio ganado, mujeres y hombres de todas las edades, muchos de ellos subempleados o desocupados, se registraban en el Estado Mayor Conjunto y en las unidades militares como voluntarios para pelear, residir y, sobre todo, trabajar en las islas (archivo Urioste; archivo Rodríguez Arias; Canal 7-ATC, 4/4/82 y 5/4/82; *Clarín*, 8/4/82; *La Nación*, 9/4/82). Y aunque finalmente sus servicios no fueron requeridos, los voluntarios expresaban su confianza en que la ocupación argentina sería definitiva, y su disposición a habitar aquel suelo sumaría su figura civil al militarizado archipiélago.

El respaldo público a la causa también se representaba en los diarios y medios de difusión en general. Entidades profesionales y culturales, filiales de gremios, ateneos y agrupaciones políticas, corrientes de opinión, clubes deportivos, bibliotecas populares, institutos históricos, asociaciones de productores engrosaban los listados que día tras día quedaban inscriptos en las páginas de los periódicos. El 5 de abril, por ejemplo, adherían

la Asociación de Descendientes de Guerreros y Próceres de la Independencia Argentina y Sudamericana, una cooperativa de viviendas, el Automóvil Club Argentino, el Touring Club Argentino, el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires, los Caballeros de San Martín de Tours [...] la Sociedad Rural Argentina, las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), la Confederación de Asociaciones Rurales Zona Rosafé (CARZOR, Rosario/Santa Fe) (*Clarín*, 5/4/82);

al día siguiente

la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires, la Asociación de Radiodifusoras Privadas Argentinas, el Centro Argentino de Ingenieros, la Agrupación Lista Azul de Trabajadores Municipales, la Asociación Obrera Textil (*La Nación*, 19/4/82).

Se contaban, además, agrupaciones de residentes provincianos, asociaciones de extranjeros, direcciones y empleados de hospitales y escuelas, rectores universitarios nacionales y privados, y directores y empleados de museos (ibíd.), científicos y periodistas, actores, artistas plásticos, futbolistas, automovilistas y boxeadores,

en apoyo de la inalienable soberanía argentina sobre las Islas Malvinas y sus dependencias (*Clarín*, 17/4/82).

Apenas dos semanas después del desembarco argentino, este apoyo se redobló. En los carriles de los cambios operados en la economía en los primeros años del Proceso,<sup>7</sup> el 13 de abril los diarios publicaron un aviso de media página titulado "Fondo Patriótico Malvinas Argentinas" por el cual la Cá-

<sup>7</sup> La reforma financiera de junio de 1977 consistió en la "descentralización de los depósitos bancarios, la liberación de las tasas de interés, y una ley de instituciones financieras". El Banco Central garantizaba los depósitos a tasas de interés superiores a las del mercado internacional. Así la política económica produjo la "transferencia de recursos desde los sectores productivos al sector financiero, y el desarrollo de todo tipo de práctica especulativa en el mercado financiero local", sin el control del Banco Central (Peralta Ramos 1987, p. 50-51; mi traducción).

mara Argentina de Casas y Agencias de Cambios invitaba a "la Unión y Solidaridad activa de todos los sectores". Celebraban así "la recuperación del territorio de las Islas Malvinas" que resultaba de una "serena decisión del gobierno acompañado material y espiritualmente por todo el pueblo Argentino". La Cámara donó los primeros 2 billones de pesos y "para afrontar los gastos derivados de la recuperación de las Islas Malvinas" el Estado Mayor Conjunto abrió una cuenta en el Banco de la Nación Argentina. Allí individuos, personas jurídicas y personalidades podrían hacer sus depósitos para los soldados en el frente.

Las listas de apoyo se traducían, ahora, en los montos de cada aportante: cámaras empresarias, filiales sindicales, colegios profesionales, asociaciones de productores rurales e industriales, clubes de fútbol, personal jerárquico y empleados de empresas privadas y públicas, empleados de dependencias estatales, gobiernos provinciales, pequeños comercios y grupos de trabajadores. Por ejemplo, el 15 de abril aportaban, en millones de pesos:

Sindicato de Electricistas Navales	250
Sindicato de Trabajadores de Gaseosas	100
Consejo de Profesionales en Ciencias Económicas	100
Personal del Mercado Nacional de Concentración Pesquera	1 día de salarios
Trajadores del Ingenio "Providencia"	1 jornal por mes hasta fin de 1982

Fuente: *La Nación*, 15/4/82

El 4 de mayo figuraban, entre muchos otros:

Farmacia Santa Catalina	2 cheques por 2.478.642
Federación de Entidades Mutualistas	10
Asociación Cordobesa de Docentes Jubilados	5
Los jubilados del Banco de Córdoba	5

Fuente: *La Nación*, 4/5/82

Los directivos de compañías y entidades hacían sus aportes de capital y descontaban un porcentaje del sueldo a sus empleados: "A nadie se le hubiera ocurrido protestar. Estábamos todos de acuerdo", me dijo un empleado de una sucursal del Banco de Corrientes en un pueblo de esa provincia. Los balances parciales y acumulativos de los aportes se conocían diariamente por los medios.

Hasta el 16/4	\$ 2.827.000.000 + US\$ 23.835
Hasta el 22/4	\$ 14.946.026.448 + US\$ 24.720
Hasta el 30/4	\$ 47.421.452.963 + US\$ 29.524

A fines de abril se habían realizado 211 operaciones en efectivo y depositado 41 cheques. A mediados de mayo el Ministerio de Economía informó que las operaciones ascendían a 3.962, totalizando \$ 144.561 millones, US\$ 96.072, 1.100 francos suizos, 460 marcos alemanes, 650 bolívares venezolanos, 10 mil yenes japoneses y 121 depósitos en joyas y monedas antiguas. Al 13 de junio, día previo a la rendición, el Fondo ascendía a \$ 548 mil millo-

nes; el 15 de junio sumaba \$ 569 mil millones y 818 donaciones en alhajas pendientes de valuación.

La Argentina se volcaba íntegra al Atlántico Sur, no sólo con dinero. Las empresas panificadoras donaron tapas de empanadas; las yerbateras, yerba mate; cámaras y empresas enviaron harina, arroz y artículos no perecederos (leche en polvo, chocolate, latas de dulce, etc.). En la provincia de Buenos Aires y en el sur de Santa Fe y de Córdoba, se realizaron remates de ganado, mientras las provincias contribuían con productos que enviaban a los comandos de logística de cada fuerza. Asimismo, personalidades de la televisión, el deporte y las artes donaban dinero y obras para subastar. Ciudades y pueblos asistían a los eventos "a beneficio": jornadas teatrales, partidos de fútbol, carreras de autos, torneos de ajedrez, funciones de cine, festivales de música popular.

El momento culminante de la movilización recaudadora fue un programa maratónico de televisión que durante 24 horas recibió los aportes de la población y de conocidas personalidades, además de los avisos publicitarios que también se destinaron al Fondo. Se recaudaron 22.874.769 pesos (=US\$ 1,5 millones) y los más diversos artículos —televisores en color, videograbadoras, pantallas proyectoras para llevar a Malvinas, 10 mil litros de pintura, un automóvil, 500 millones de pesos en flores, joyas, menaje y cubiertos de plata, prótesis dentales de oro, medallas y condecoraciones, jubilaciones, etc. La esposa del flamante gobernador de Malvinas donó un cheque por 9 millones de pesos

y leyó una carta donde aseguraba que su marido y sus tres hijos, también enrolados, defenderían las islas hasta las últimas consecuencias (archivo Urioste).

La sociedad también trascendió las fronteras con la iniciativa oficial "Cartas al Mundo"; los transeúntes recibían de mesas receptoras en lugares céntricos cartas estándar en castellano y en otros idiomas para transmitir "la verdad de Malvinas" y demostrar que los argentinos respaldaban la causa de las islas. Se sugería agregar en cada sobre los datos personales "y una foto suya o de su familia, cualquier foto simple, humilde, cotidiana, es válida. Que el mundo vea que los argentinos somos de ¡carne y hueso! ¡civilizados! ¡occidentales!" (archivo Urioste, mayo 1982), a lo que hubiera podido agregarse: ¡y con familia!

A medida que se acercaba la Royal Task Force, y el estallido bélico era inminente, el puente con las islas se consolidó y diversificó, incluyendo la ofrenda de sustancias vitales con nuevos bancos de sangre y la donación de sangre argentina por presos comunes y políticos (*La Nación*, 21/4/82). Grupos de mujeres se autoconvocaban para tejer bufandas y pulóveres para los soldados en las plazas públicas, rememorando a las mujeres patricias que cosían y tejían para el Ejército Libertador antes de cruzar los Andes. Jóvenes estudiantes se reunían en los galpones porteños de la Sociedad Rural para envasar raciones de guerra, tarea que coordinaba un grupo de mujeres de buena posición social, las "Voluntarias para la patria" y el Comando de Logística del Ejército.

Si la Argentina se ponía en escena representando hitos de la argentinidad, donde la familia y los hijos eran referencias a veces explícitas, a veces tácitas, los extranjeros, individualmente o nucleados en sus asociaciones de residentes, actuaban a la Nación de la inmigración y la entrega de descendencia a la patria adoptiva. Alemanes, chinos, irlandeses, japoneses, coreanos, armenios, sirio-libaneses, europeos y asiáticos de ascendencia judía, colombianos, venezolanos, bolivianos, peruanos, paraguayos, uruguayos, y por supuesto italianos y españoles desarrollaron una serie de actividades que se sumaron al fervor argentino en un conflicto internacional que los convocaba como aliados amigos. En este contexto, ser "extranjero" cobraba signos distintos según la posición que el Estado del que se era nativo adoptaba en el conflicto.

Este punto marcó, ciertamente, las pautas de acción y discurso de numerosos grupos de extranjeros cuyos gobiernos se habían alineado con Gran Bretaña. Residentes en la Argentina, con negocios y capitales en este país, evidenciaron su público apoyo a la demanda de soberanía para no alentar dudas sobre su lealtad nacional. La situación no era tan comprometedora para los latinoamericanos cuyos países brindaron un veloz respaldo al reclamo argentino. Sin embargo, en ambos casos las declaraciones pro argentinas se ajustaron rápidamente a los cánones con que Estado y sociedad civil habían definido históricamente a la Argentina: un país de inmigración o, dicho de otro modo, una Nación adoptiva de extranjeros. Por eso, los medios perio-

dísticos argentinos comenzaron a referirse a ellos como "colectividades" o "comunidades extranjeras" que también figuraban entre los adherentes a la "gesta soberana" y los contribuyentes al Fondo Patriótico. También ellas manifestaban en la Plaza de Mayo y hacían sus declaraciones a los medios. "Colectividades" refería, por lo general, a grupos organizados en sociedades, asociaciones, clubes y centros nacionales y regionales.

Así, un importante diario porteño dedicaba su artículo editorial a la historia de dichas colectividades y su adopción de la Argentina como la nueva patria.

En estos días ha podido escucharse cómo muchos hombres y mujeres, en un castellano teñido de inflexiones y acentos de otras lenguas, hablaban de la lucha argentina como de la suya propia. El apoyo de las comunidades se ha hecho público de los modos más diversos, la manifestación callejera inclusive (*Clarín*, 6/5/82).

Esos hombres y mujeres no eran sólo extranjeros. Si "la Argentina es un país forjado con la voluntad y el esfuerzo de millones de inmigrantes de todo el mundo" es porque "encontraron aquí un lugar en el que no se practican discriminaciones de credos o razas, donde no existen diferenciaciones entre nativos y extranjeros, tal cual existieron y existen en países que se consideran entre los más adelantados y civilizados" (ibid.).

El extranjero había "conservado, en la medida en que lo ha querido, sus hábitos particulares, sus

costumbres" pero también "se ha integrado a la vida y el sentimiento nacionales" (ibíd.). La Argentina era pluralista porque no discriminaba ni diferenciaba, pero también acrisoladora, porque los había "integrado". El destinatario de este contraste, según el editorialista, eran los Estados Unidos (que a esa altura ya estaban claramente aliados con Gran Bretaña) con su política racista hasta entrados los años sesenta. La asimilación argentina, se sostenía, había sido completa pues no sólo había garantizado la incorporación de los extranjeros a los beneficios —la libertad, la abundancia, el ascenso social, el trabajo— sino también a las mismas crisis políticas y económicas que habían debido atravesar los nativos. Y pese a ello, destacaba la nota editorial, "ahora están de pie frente a la agresión y en la defensa de las reivindicaciones argentinas". El país, entonces, tenía una deuda hacia ellos. Para superarla, se debería salir "del estancamiento en que se ve prostrado, recuperar sus fuerzas y mover las palancas necesarias para reemprender la senda del crecimiento" (ibíd.).

Varios diarios se encargaron de destacar la decisión de un hombre de avanzada edad, autodefinido como "súbdito italiano", que decidió renunciar a su nacionalidad y adoptar la argentina, ya que con la decisión de sumarse al bloqueo europeo el gobierno de su país desconocía "la existencia de millones de consanguíneos en la Argentina" (Mauro Ruberto, en "Cartas al país", *Clarín*, 13/5/82). Esta medida —un claro caso de elección ciudadana— extremaba una práctica que no por cotidiana debía pasar

inadvertida: buena parte de las marchas de las colectividads unía los monumentos a los héroes nacionales extranjeros —Artigas para los uruguayos, Bolívar para colombianos y venezolanos— con el monumento a San Martín, el "Padre de la patria" argentina, poniendo a los tres al amparo de una misma causa. Los vecinos de la plaza San Martín eran testigos diarios de tamañas ofrendas de lealtad. Los colombianos, por su parte, expresaron su "sorpresa e indignación" cuando Colombia se abstuvo de votar la aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en la OEA para sancionar a Gran Bretaña; especularon entonces que si el libertador Simón Bolívar estuviera vivo se hubiera "apuñalado el corazón" y puesto rojo de vergüenza (*La Nación*, 22/4/82).<sup>8</sup>

En una pancarta, las asociaciones italianas proclamaban: "Hermanos argentinos: compadecemos al gobierno italiano porque no sabe lo que hace. Los italianos somos solidarios con ustedes, vivimos vuestra hora histórica y compartimos un mismo destino" (*La Nación*, 17/5/82).

<sup>8</sup> En una encuesta, dada a conocer el 18 de mayo de 1982, sobre la opinión latinoamericana acerca del conflicto, la agencia Gallup mostraba que el 93% de los colombianos residentes en Colombia pensaba que la Argentina ofrecería lucha si Gran Bretaña tomaba las islas, y el 84% apoyaba a la Argentina ante el conflicto. Esta encuesta, que obviamente era aprovechada como instancia de propaganda pro argentina, no incurrió en esquematismos: los brasileños, en cambio, se pronunciaban en un 87% y un 41% con respecto a los mismos temas; Perú, 95% y 94%, y Uruguay, 85% y 74% (*Clarín*, 18/5/82).

A la línea de parentesco descendente apeló el presidente de la colectividad yugoslava cuando en un acto en la Plaza de Mayo afirmó que sus conacionales

se han compenetrado profundamente con su nueva patria y han echado raíces en esta tierra de promisión; aquí formaron sus hogares y educaron a sus hijos en el culto de la honradez y el respeto a las instituciones y las leyes argentinas. [...] esos mismos hijos son los que nuestra colectividad brinda para luchar en las Fuerzas Armadas y en el puesto de trabajo cotidiano (*La Nación*, 31/5/82).

Por su parte, los miembros de la Federación de Sociedades Españolas marcharon desde el monumento a San Martín hasta la Plaza de Mayo, enviaron a España a la plana mayor de la Federación y “personalidades representativas”, y un telegrama al rey Juan Carlos donde decían estar “orgullosos de que sus hijos hayan sido alistados para la defensa de la soberanía del país que nos cobijó” (*La Nación*, 1/5/82). Una ciudadana argentina de apellido italiano (Ferraro de Pozzi), afirmaba que la Argentina sostenía “una tradición de país de brazos abiertos”,

y era como una madre auténtica que acogió en su regazo a las almas de todas las latitudes que requirieron su amparo, y como tal se brindó, dando y recibiendo beneficios en familiar y total integración. ¿Hay alguien en el mundo civilizado actual que lo ignore? Pese a ello, un importante sector de ese mundo hoy ha vuelto la espalda a esa madre generosa que recogió tan tiernamente a sus hijos disconformes, y lo ha he-

cho en momentos que no por gloriosos son menos difíciles, demostrando una incomprensión e ingratitud inexcusables (*La Prensa*, 20/5/82).

En 1982 la madre adoptiva, en peligro y a punto de ser violada por el pirata colonialista, era “recompensada” con la indiferencia y hasta la oposición de las madres abandonicas.

La ofrenda de los hijos a la que aludían los voceros de las nacionalidades extranjeras, asentaba el derecho de una joven nación de inmigrantes en la genealogía y la sangre, como medio de conferir legitimidad al derecho territorial. Esta apelación no dejaba de encuadrarse en el marco de la nacionalidad cívica donde Malvinas era tanto una causa de los descendientes de ucranianos como de salteños, polacos y correntinos, italianos y bonaerenses reunidos en regimientos, batallones y unidades navales y aéreas. En este punto, la Argentina era presentada, actuada y recreada como una Nación de naciones donde convergían el argumento de la sangre con el contrato ciudadano del modelo franco-norteamericano de nacionalidad.

Este punto fue claramente expuesto por miembros de la colectividad hebrea haciendo caso omiso de las abundantes expresiones de antisemitismo por sectores del Estado argentino a lo largo del siglo XX. A mediados de mayo de 1982, ya en pleno desarrollo bélico, el ministro de Defensa israelí Ari Sharon afirmó, en estricta vena sionista, que “hay judíos en el ejército británico destacado en las Malvinas y los hay también en el ejército argentino y

por lo tanto somos testigos de una confrontación en la que judíos luchan entre sí en una guerra que no es la de ellos" (*Clarín*, 27/5/82).

Varias voces de "argentinos de ascendencia judía", como se autodenominaron en esos días los judíos nacidos en la Argentina, le replicaron diciendo que la doble nacionalidad era un falso dilema y que la Constitución argentina garantizaba la libertad de culto, la igualdad de todos los hombres en sus derechos y obligaciones, como es "defender nuestra patria". Así lo entendían las autoras de una carta de lectores, dos argentinas judías del Chaco, de donde procedía un extenso contingente de soldados de la III Brigada de Infantería: "La guerra que hoy enfrenta nuestro país es 'nuestra guerra' porque nosotros somos argentinos; ningún ciudadano que se sienta tal, puede menos que luchar y morir, si es necesario, por esta causa justa" (Susana M. Kesselman de Goren y Silvia E. Kesselman de Umansky, "Cartas al país", *Clarín*, 3/6/82).

Cabe consignar, por último, que a medida que avanzaban las acciones armadas, en algunas localidades los padres y las madres de soldados se congregaron de manera autónoma para obtener información de sus hijos en el frente, mientras ideaban medios para hacerles llegar sus remesas. El caso más conocido, aunque no el único, fue el de los familiares de los conscriptos del Regimiento de Infantería 7 de La Plata, quienes a través de algún personal de la unidad y con algunos fondos propios, crearon un programa de radio semanal para comunicarse con sus hijos. Además, las reuniones

entre padres y madres tenían por objeto darse contención en momentos de creciente incertidumbre (Bustos, 1983). Otras modalidades fueron diseñadas por las autoridades militares nacionales y locales, y aplicadas por los habitantes de pueblos y ciudades. Los madrinazgos de guerra, por ejemplo, solían recaer en mujeres de elevada posición social, a quienes se les asignaban algunos ahijados, generalmente heridos; pero también eran madrinas mujeres de clase media acomodada en pequeños pueblos, que se encargaban de averiguar la suerte de sus vecinos-ahijados, lo cual era dramáticamente necesario a medida que se profundizaba el conflicto bélico y se ponía en evidencia la desorganización de la articulación entre las unidades militares y la población, y cubrir los gastos de traslado a sus familiares a los hospitales patagónicos.

Ciertamente no era éste el mismo país que había protagonizado los procesos de exclusión política y social que dominaron el siglo XX. La sociedad se nacionalizaba con la misma premeditación con que se nucleaba en sus ámbitos de trabajo y entretenimiento bajo el auspicio de empleadores y asociaciones civiles; entraba a escena por los medios de comunicación, una que otra intervención pública, y siempre con el mismo discurso: la afirmación de la soberanía argentina en Malvinas. Pero en 1982 no fue la CGT ni un movimiento político quien condujo a las masas, sino las Fuerzas Armadas y un grupo de poder quintaesencial del sistema económico alentado decisivamente por el régimen, el capital financiero representado por la Cámara de

Casas y Agencias de Cambios. El gobierno logró aglutinar a la población y también a los sectores económicos implicados hasta entonces en una pugna por dirimir la política económica oficial.<sup>9</sup> Sin embargo, esta convocatoria tenía un carácter condicional.

El ingreso a la Nación de sectores hasta entonces excluidos, desarticulados, que sin embargo empezaban a reaccionar colectivamente, como en aquel 30 de marzo, no se hizo a cambio de un apoyo explícito al régimen, sino a la causa de Malvinas. Su defensa, se entendía, estaba representada por los hijos de argentinos y extranjeros radicados en el país. La filiación operó, entonces, de modo similar para algunos políticos, y sobre todo para los gremios y los civiles en general, como el único argumento aceptable para afirmar una común pertenencia y los derechos de ella derivados, tras años de terror. Así, el juego al que todos jugaban se representaba en un sentido común que no requería de pronunciamiento político alguno. Y es que en al menos cincuenta años de turbulenta historia, y duras proscripciones de sectores políticos y de "la política" en general, los argentinos se acostumbraron a pensar la Nación como su única base de legitimación ante y contra los poderes, aun omnímodos, del Estado. Pero esa Nación se interpretaba, como

<sup>9</sup> Con el flujo hacia el mercado financiero éste se convirtió en el campo de batalla de los grandes grupos económicos, principalmente los grandes industriales y los grandes productores y exportadores agropecuarios (Peralta Ramos, 1987, p. 58; Lewis, 1993).

veremos en el próximo capítulo, más en el campo de la defensa de los derechos políticos y sociales negados por "gobiernos usurpadores", que en la restauración de la filiación.